REENCUENTRO 3

EL REGRESO DE DUNCAN



Triz Expósito

1. INTRODUCCIÓN

Han pasado varios días desde la batalla en la biblioteca.

Tras el estruendo, la mujer que socorrió a Jaime en la calle, sale de su estancia y atraviesa la sala donde están todas las Damas Blancas reunidas y va a la gran sala donde antes lucían las poderosas estanterías impolutas repletas de libros. La misteriosa mujer no puede creer lo que ve. Comienza a sentirse llena de rabia e impotencia por no ser capaz de ayudar a su comunidad. La negra niebla parece que detecta su presencia y gira avanzando hacia ella, como si quisiera envolverla con su denso manto, pero empieza a sentir la energía que desprende la mujer y de la nada, se diluye.

Acto seguido, las Damas Blancas guerreras llegan al pozo tras seguir a la muchacha. No entienden nada y miran a su alrededor y sólo quedan en el aire las motas de polvo que se acaban posando sobre los escombros.

—¿Qué pasa aquí? Habla, niña. —Ordena Catalina al entrar en la estancia.

—Gran dama, yo…yo…no lo sé. Había mucha niebla o humo saliendo del pozo y de pronto…se esfumó.

—¿Era niebla o humo? —Inquiere Catalina.

—Diría que niebla.

—Cuéntame todo lo que ha pasado y no me ocultes detalle alguno. Mi poder está comenzando a envejecer y ya no

puedo ver qué pasa. —La cara de Catalina es de absoluta preocupación.

Catalina tiene una teoría, pero no quiere alarmar a nadie sin tener la certeza, por lo que opta por guardárselo para ella de momento.

La mujer le relata todo lo que ha pasado y Catalina da la orden de cerrar y sellar el pozo.

—Que no quede ni una rendija. —Le dice a una Dama que está empezando ya con la tarea encomendada.

La Dama asiente en gesto de afirmación y continúa la labor.

El resto sigue a Catalina a la salita donde Jaime aún guarda reposo. Sigue dormido, pero no inconsciente.

—Cariño, creo que tienes más poder del que pensamos. Pienso que tu energía ha hecho que la niebla se vaya. —Dice Catalina acariciando la cara de la joven y revelando parte de sus pensamientos. —Ahora, vuelve a tu sitio y espera mis órdenes. No te queda mucho entre esas viejas paredes.

La mujer echa un último vistazo a la sala con los ojos llenos de pesar y de ilusión a partes iguales, pero antes de salir, posa la vista sobre Jaime y con un largo suspiro, da la vuelta y abandona la sala.

***

Han pasado un par de semanas y en el palacete parece que todo empieza a volver a la normalidad. El otoño está en pleno auge y todo en los jardines está de color ocre. Lúnali pasea con Marco, su escolta personal, admirando la belleza de la naturaleza que les rodea cuando se encuentran con Isis y Felipe, que están haciendo lo mismo que ellos.

—¡Abuela!

Lúnali sale corriendo hacia ella y le da un gran abrazo. Isis, antes reacia a esas muestras de afecto delante de cualquiera,

ya no está reticente y devuelve el abrazo con la misma efusividad a su nieta.

—Luz, cariño, iba en tu busca mientras daba un paseo por los jardines.

—Están preciosos. ¿A que sí?

—Si, cielo. Pero no más que tú. —Isis le guiña un ojo.

—Espera un momento. ¿Me buscabas? ¿Para qué?

—Entremos a tomar un café y charlamos un rato al lado de la chimenea. Comienza a refrescar.

Lúnali asiente y cogida del brazo de su abuela, la acompaña a una sala. Es un salón acogedor, en tonos madera y mostaza. Para lo pequeño que es el salón, una gran chimenea, que ya estaba empezando a crepitar, corona la sala. Un falso aparador hueco, ahora a la derecha, la tapa cuando está inactiva, haciendo del pequeño salón un cuartito de estar de lo más bonito.

Marco y Felipe se quedan a ambos lados de la entrada a la estancia. Una vez toman asiento en los sillones de piel marrón y se quedan solas sin presencia de servicio, Lúnali vuelve a preguntar a su abuela.

—Tú dirás, abuela.

—Eres igual de impaciente que tu madre. No sabía esperar. Tenía que saberlo todo al instante. —Sonríe Isis con pena.

Lúnali estira el brazo y aprieta la mano de su abuela para hacerle saber que está todo bien, que ella está ahí. No hacen falta palabras.

Isis vuelve a sonreírle y prosigue.

—¿Cuánto hace que no hablas con tu padre?

—Pues desde que acabó la batalla. —Dice pensativa Lúnali.

—He hablado con la Gran Dama. Jaime está allí. No te asustes, está bien, pero cuando iba a entrar a la biblioteca,

sufrió un desmayo. Las Damas Blancas le están cuidando. Se encuentra estable.

—Por el amor de Dios, abuela. Voy a ir a verle. Le pediré a Marco que me lleve.

—No, cariño. En un par de días vendrá aquí con nosotros. Pero necesito que me ayudes a preparar todo para que esté cómodo y quiero que Erik prepare una poción de limpieza especial, lo que me recuerda…¿Podrías pedirle que viniera?

—Sí. Además, tengo que hablar con él después de la cena. Mañana a primera hora vendrá a hablar contigo.

—Perfecto, mi niña.

—Abuela…

—Dime, Luz.

—¿Me hablas más de mamá?

—Claro, tesoro.

Pasan al sofá que hay en el centro y Lúnali se acomoda en el pecho de Isis mientras esta le acaricia el pelo y le acomoda una ligera mantita para cubrirla.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Pero sé que será poco a poco. Ahora querría saber porqué tuvisteis que acabar con ella.

2. CONOCIENDO EL PASADO

Hace cien años…

Duncan era un muchacho de 17 años, con el pelo color castaño y la piel tan blanca que parecía un fantasma. De ojos muy grandes y de curiosidad aún mayor. Se encontraba algo perdido en la vida. Provenía de una familia de magos que dominaban a la perfección la magia oscura. Nutridos de ella y viceversa, habían perdido cualquier atisbo de humanidad, entre otras muchas cosas, como su forma humana. Empezaban a parecer criaturas sacadas de las mismísimas entrañas del infierno. Los padres de Duncan, Dofos y Esme, no mostraban ningún interés por su hijo más allá de sus dotes para la magia. Poco les importaba lo que hiciese el joven mientras no tuviese que ver con el propósito que le tenían asignado.

Duncan se resistía a dejarse envolver completamente por la oscuridad. Dofos estaba siempre con el látigo en la mano. No entendía como en 17 años que llevaba educándole para ser un siervo de la oscuridad aún se resistía a entrar de lleno en ella. Estaba destinado a ser el rey de su comunidad y Duncan lo despreciaba como si nada, lo que enfurecía a Dofos, que en cada paliza se esmeraba por encarrilar a su príncipe.

A Duncan poco le importaban los golpes, no le dolían tanto como el desprecio de su madre hacia él.

Una mañana salió a respirar el frío aire invernal en los suburbios, donde ellos vivían en el interior de una cueva en

la parte más alejada. En ese paseo, se topó con un señor que estaba pegando a un niño. Vio cómo una joven de larga melena negra como el cielo nocturno, recogido por un lado con intrincadas trenzas, y una larga capa de oso que cubría el resto de ella, se metía a proteger al pequeño. Apareció veloz, como la luz que emanaba. Para sorpresa de Duncan, la joven tenía una fuerza asombrosa. Levantó al hombre con una mano y con la otra le propinó un bofetón que le hizo salir por los aires y aterrizar encima de una carretilla. La joven se giró para evaluar si Duncan tenía algo que ver o era un mero espectador. Decidió acercarse a él.

—¿Has tenido algo que ver con esto?

—Yo…yo…

—¿Estabas disfrutando del espectáculo sin intención de hacer nada por terminar con el entretenimiento?

Cuando la joven comienza a mover sus manos, saliendo de ellas un hilo de luz, Duncan reacciona.

—Niña rica y tonta. Yo no he tenido nada que ver con esto ni estaba disfrutando de ello. No me has dado tiempo a reaccionar.

—No soy una niña rica y tonta, muchacho. Que no te engañe mi apariencia. Seré la alta sacerdotisa del Consejo.

—Soy Duncan. —Dijo con una ligera reverencia.

—Yo soy Isidora, pero puedes llamarme Isis. —Hizo un gesto con la cabeza para que Duncan la siguiera, tras evaluar que él dice la verdad.

Juntos, se marcharon dando un paseo y hablando, para llegar a una taberna llamada *Reencuentro.*

Duncan no solía frecuentar esos sitios, se encontraba algo perdido entre tanta gente, pero al estar con Isis se sentía a gusto.

Cuando llegaron al callejón que daba acceso a la taberna, Isis cogió a Duncan de la mano y juntos atravesaron la pared.

Una vez dentro, buscaron una mesa para sentarse a comer. A Duncan, la gente que estaba en la taberna le parecía de lo más pintoresca. Allí tenía cabida gente de todo tipo. Según iba observando a las personas, se dio cuenta de que todos allí tenían dones, ya que las marcas de su piel les delataban.

—Isis, gracias, pero yo no quiero nada. —Dijo Duncan mientras palpaba sus bolsillos de forma inconsciente y automática.

—¿Bobadas es lo único que sabes decir? Pide tanto como quieras. No te preocupes por el dinero. Como bien has dicho, soy una niña rica y tonta.

—Te pido perdón por ese comentario. Siempre estoy a la defensiva. Mi familia es…peculiar.

—Ya tendrás tiempo de hablarme de ellos. Ahora pide algo de comer, por favor.

Durante la comida hablaron de trivialidades y compartieron risas y anécdotas relacionadas con buenos momentos, creando un recuerdo en común muy poderoso.

Después de la comida, Isis se interesó por la familia de Duncan y este le contó toda su vida. Duncan sabía que acababa de conocerla, pero sentía que estaban conectados de alguna manera. Y esa conexión le hacía abrirse con ella y sentirse bien consigo mismo.

Isis, sin embargo, le escuchaba horrorizada. No entendía que unos padres maltratasen a su hijo, que le usasen como medio para llegar a un fin concreto.

Cuando Duncan acabó de contarle su historia, Isis tenía los ojos llenos de lágrimas. No pudo evitar abrazar a aquel muchacho que estaba tan expuesto a la Oscuridad, que había sufrido tanto y que aún así, se resistía a caer en la maldad.

—Quiero que vengas al palacete donde vivo para poder ayudarte. El mero hecho de pensar que tus padres te obligan

a ser el Rey de la Oscuridad… Tienes un alma buena, estoy segura de ello.

—¿No lo entiendes aún? Nada ni nadie puede ayudarme. Pero ten claro que has sido un bálsamo para mi en estas horas que hemos pasado juntos.

—No puedo obligarte a venir. Mejor dicho, no quiero. Pero me gustaría que vinieses. Mi magia es muy poderosa y junto a los miembros del Consejo, quizá podamos hacer algo.

—Ese algo es capturar y juzgar a mis padres. Y los dos sabemos cómo acabará. Más me duele a mi que a ti lo que hacen, pero no voy a entregárselos al Consejo. Gracias por la comida y por este rato tan ameno. —Dijo Duncan levantándose para irse.

—Espera. —Dijo Isis poniéndose en pie también. —Si alguna vez quieres volver a repetir, por favor, ven al palacete.

Duncan asintió y se marchó. Isis le vio salir y se sentía extremadamente incómoda por la situación que él estaba viviendo. Ella quería ayudarle pero no sabía cómo. Cuando llegase a casa lo hablaría para buscar una solución.